



PAPERS

Bulletin Electronique du Comité d'Action de
l'École-Une Version 2009-2010

Resumen

Hebe Tizio

Editorial : Litorales

Lucia D'Angelo

De máscaras, postizos y semblantes

Bernard Lecoeur

Máscaras del semblante

Ana Lucia Lutterbach Holck

El fantasma femenino y los semblantes

Marie-Hélène Roch

Del litoral, en psicoanálisis : Una lectura de “Lituraterre”

Traductores:

Enric Berenguer

Juan Carlos Tazedjián

Silvia Elena Tendlarz

Beatriz Vindret

Litorales

El próximo Congreso de la AMP pone a trabajar el borde en el que se sostiene la práctica analítica ya que “*Semblantes y sinthome*” dibuja el litoral de lo heterogéneo, de la antinomia sentido/real y llama, de este modo, a dar cuenta del tratamiento que hace el discurso analítico de lo real. Dificultad fructífera, sin duda, pues son muchos los trabajos que jalonan el camino que van haciendo las escuelas de la AMP con sus actividades y jornadas –vivificadas por *Journales* y *Vanguardias*-, y la serie de *Papers* que llega con éste a su cuarto número.

La polifonía de esta entrega la componen Marie-Hélène Roch que hace una lectura de *Lituraterre* para presentar un análisis del litoral en psicoanálisis; Ana Lucia Lutterbach Holck explora, a partir de su experiencia del pase, femineidad y semblante; Lucía D’Angelo aborda las máscaras, postizos y semblantes del lado de la posición femenina, mientras que Bernard Lecoeur analiza las máscaras del semblante trabajando la diferencia del discurso histérico y el discurso de la ciencia.

Los cuatro textos se acercan de distinta manera a ese borde que marca una relación de exclusión. Efectivamente, es lo que Lacan señala en el Seminario sobre *El sinthome* cuando se refiere a un “*goce opaco que excluye el sentido*” lo que implica llevar hasta sus últimas consecuencias la imposible escritura de la relación sexual. De litorales a nudos, se trata de un real fuera de sentido.

El psicoanálisis desde esta perspectiva aparece, como lo ha señalado Miller, como una práctica de la no relación que apunta a producir lo singular. Experiencia en la que cada uno que se compromete se aproxima al tratamiento fundacional que tuvo para él ese imposible. Se trata de un real que provoca su propio desconocimiento por ello el análisis y el pase, la escuela, los textos...son formas de operar que ponen de manifiesto el intento de hacer con ese movimiento forclusivo, recursos que permiten producir un saber hacer de aproximación, un borde de saber producido por la exploración de litorales...

Hebe Tizio

De máscaras, postizos y semblantes

Lucia D'Angelo

Es un hecho que toda investigación retroactiva en la enseñanza de Lacan sobre el término de *semblante* remite a la definición del *falo* que lo hace el semblante por excelencia en la comedia entre los sexos. Veamos los antecedentes de esta formulación.

Según Lacan, en *La significación del falo*, el falo como significante da la razón al deseo y ateniéndose a la función señala las estructuras a las que están sometidas las relaciones entre los sexos: “esas relaciones girarán alrededor de *un ser* y de *un tener* que, por referirse a un significante, el falo, tienen el efecto contrariado de dar por una parte realidad al sujeto por ese significante y por otra parte irrealizar las relaciones que han de significarse”.¹

Por el interés de nuestra reflexión, retenemos nuestra atención sobre el hecho de que el término *semblante* en castellano, entre sus múltiples declinaciones, define la apariencia, *el parecer* o el aspecto de las cosas sobre el cual nos formamos el concepto de ellas.²

En su curso *De la naturaleza de los semblante*,³ J.-A. Miller subraya la presencia de este término, *parecer*, en los *Escritos* de Lacan: “es por la intervención de un *parecer* que se sustituye al tener, para protegerlo por un lado, para enmascarar la falta en el otro, que tiene el efecto de proyectar enteramente en la comedia las manifestaciones ideales o típicas del comportamiento de cada uno de los sexos.”⁴

Para Lacan, aunque la relación del sujeto con el falo se establece más allá de la diferencia anatómica de los sexos, pone en una situación especialmente *espinosa* a la mujer. Para ser el falo, es decir el significante del deseo del Otro, la mujer debe rechazar una parte esencial de la femineidad, todos sus atributos, en *la mascarada*.

La femineidad encuentra su refugio en esa *máscara* por el hecho de la *Verdrängung* inherente de la marca fálica del deseo y que acarrea la curiosa consecuencia de hacer que la ostentación viril parezca femenina.⁵

A partir de estas referencias de los *Escritos* de Lacan, J.A. Miller interpreta que la intervención de *un parecer* que sustituye *al tener*, supone ya introducir el *semblante* en la relación entre los sexos. Y propone que la distinción entre el amor y el deseo, con la que prosigue la reflexión de Lacan, supone que *el parecer* puede escribirse como el *ser*.

Dicha distinción se funda en el hecho de que el amor no pone en tela de juicio *el ser* sino *el tener*. Y pone de relieve el amor como el don de lo que no se tiene. En ese sentido, el amar pertenece a la posición femenina.⁶

Desde esta perspectiva de la significación del falo sobre *el parecer* que sustituye *al tener* se reparten las posiciones del sujeto sobre la sexualidad en una bipartición: en proteger *el tener* (hombres), o en enmascarar *la falta del tener* (mujeres). En el horizonte de esta partición, el

significante del falo, se erige como único en la distribución entre los sexos en posteriores elaboraciones lacanianas.

Pero en el interés de nuestra reflexión permite argumentar con J.-A. Miller, que *el parecer*, que sustituye *al tener*, supone un antecedente del *falo como semblante*.

Tomemos, por ejemplo, referencias en el *Seminario XI*,⁷ donde Lacan se confronta con toda la perspectiva de la Fenomenología de la percepción, entre otras cuestiones.

Lacan toma como referencia el *mimetismo* y menciona el término de *semblante*, para subrayar que este fenómeno interviene tanto en la unión sexual como en la lucha a muerte: “Allí el ser se descompone, de manera sensacional, entre su ser y su *semblante*, entre él mismo y ese tigre de papel que da a ver”.⁸

Sin embargo, el sujeto humano, el sujeto del deseo que es la esencia del hombre, a diferencia del animal, no queda enteramente atrapado en esa captura imaginaria. Sabe orientarse en ella. En la medida en que aísla la función de la pantalla y juega con ella.

Según Lacan, el hombre sabe jugar con *la máscara*, con *el disfraz*, con *la impostura*, con *el señuelo*, y puede hacer la mediación del velo, de la pantalla, agregamos – *del semblante* – para incluirse en el cuadro de la relación entre los sexos.

En *Los cuatro conceptos fundamentales*... retenemos también otra referencia, respecto del sujeto de la certeza entre Freud y Descartes, del que extraemos otra fórmula lacaniana sobre el tema que nos interesa: “El algo que ha de preservarse puede ser también el algo que ha de mostrarse porque, de todas maneras, lo que se muestra lo hace sólo tras una *Verkleidung*, un disfraz y además *postizo*, que está mal puesto”.⁹

El falo sirve de *velo* a lo que se esconde detrás, la castración.

La máscara, también es un semblante, porque esconde la nada.

Según Miller, conviene seguir esta argumentación porque la función de *la máscara en la mujer* es una interpretación más auténtica de la posición femenina que la mujer con *postizo*.

El término *postizo*, es definido en castellano, como un añadido, una falsificación, que reemplaza artificialmente una cosa natural. Fingido o sobrepuesto.

Lo interesante de este término es que para J.A. Miller, justifica una teoría de los postizos en la enseñanza de Lacan y su relación con los semblantes. En la medida en que el postizo como añadido de una parte del cuerpo, ocupa el lugar de algo que no está, el postizo responde a la *falta en tener*.¹⁰

Para argumentar la teoría de los postizos, Miller parte de una referencia de Lacan de los *Escritos*: “Tal es la mujer detrás de su velo: es la ausencia de pene la que la hace falo, objeto del deseo. Evocad esa ausencia haciéndole llevar un lindo *postizo* bajo un disfraz de baile y me diréis que tal, o más bien me lo dirá ella: el efecto está garantizado el cien por ciento, queremos decir ante hombres sin embagues”.¹¹

Para justificar la teoría del postizo, es preciso aclarar que es una categoría ligada a la existencia del lugar. El objeto *postizo* reemplaza lo que falta allí donde falta.

Sin embargo, su importancia, a diferencia del objeto prótesis es que asegura la imagen, cuya función es la de *semblante*.¹² En la medida que el postizo designa un emblema más allá de la imagen. Mientras *la máscara* hace creer que esconde la nada, *el postizo* no está hecho para hacer creer que se tiene.

Por tanto, Lacan indica en los *Escritos* que el deseo sexual se conjuga de manera esencial con *el tener*, la amenaza o nostalgia de la falta en tener; la amenaza del tener concierne fundamentalmente al hombre.¹³ El hombre así, debe proteger su tener.

Para la mujer sólo hay dos soluciones para *el no tener*: o bien adquirirlo o hacerse ser. Ser el falo, hacerse deseable por su mascarada o tenerlo por la vía del hombre.

La solución de la mujer con postizo, que se agrega lo que le falta, aunque secretamente provenga del hombre desmiente la posición de ser la que no tiene para hacer creer que el postizo es auténtico. El postizo que no se declara máscara de la nada.

Máscara y postizo no son las dos caras de una misma moneda para la solución de la femineidad.

La mujer *lacaniana*, es la que prestigia el uso de los *semblantes* para encontrar la solución de la femineidad del lado de la castración. No es la mujer con postizo que busca la solución por el lado del tener, y que teme la castración, sobre todo la suya.¹⁴

De *máscaras, postizos y semblantes* los hombres no están excluidos en la comedia de los sexos.

Pero esa es otra historia... que continuará.

- (1) Lacan J., "La significación del falo", *Escritos 2*, Siglo XXI Editores, España, 1975, p. 672-673.
- (2) Bassols M., "Algunas observaciones acerca del semblante", *Papers 2*, Comité de Acción de la Escuela Una.
- (3) Miller J.-A., Cours de 1991-92, *De la naturaleza de los semblantes*, Paidós, Buenos Aires, 2002.
- (4) Lacan J., "La significación del falo", *op. cit.*, p. 674.
- (5) Lacan J., *ibid.*
- (6) Miller J.-A., *De la naturaleza de los semblantes*, p. 158.
- (7) Lacan J., *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964), *El Seminario*, Libro 11, Paidós, Argentina, 1987.
- (8) Lacan J., *op. cit.*, p.112.
- (9) Lacan J., *op. cit.*, p. 43.
- (10) Miller J.-A., *De la naturaleza de los semblantes, op. cit.*, p.161.
- (11) Lacan J., "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo", *Escritos 2, op. cit.*, p. 805.
- (12) Miller J.-A., *De la naturaleza de los semblantes, op. cit.*, p.162.
- (13) Lacan J., "La significación del falo", *op. cit.*, p. 673.
- (14) Miller J.-A., *De la naturaleza de los semblantes. op. cit.*

Máscaras del semblante

Bernard Lecoeur

Al buscar precisar qué es la dimensión de lo imaginario, Lacan se refiere a menudo al semblante para no confundirlos. Del segundo ha dado muchos ejemplos entre los cuales uno está ligado al fenómeno de la percepción. Al final de su Seminario *Las psicosis* interroga el lugar que debe dársele a la ilusión que produce la aparición de un arco iris. Este último, precisa, no es como lo imaginario. Es algo que sale de lo real y que solo adviene al estatuto de semblante en virtud del significante. En un periodo ulterior de su enseñanza planteará una formulación más general según la cual el discurso científico solo encuentra lo real por cuanto este depende de la función del semblante (1)

No hay que restringir esta presentación de la incidencia del semblante para la ciencia a una cuestión de método. Otro aspecto que lo acompaña, también importante, concierne a las relaciones que el discurso de la ciencia instaura entre el sujeto y el semblante. Este es el abordaje que aquí será examinado.

Fabricar un sujeto

La ciencia hace caer el semblante sobre el sujeto, es una condición de producción de su saber (2), nos dice Lacan. Tan paradójico como pueda parecer, el discurso de la ciencia debe ligar sus avances al destino de un sujeto. ¿Por qué cargarse con tal peso si no es para prevenirse contra el retorno de una presencia divina, demasiado molesta en el campo de la causa? La aparición de este fantasma empañaría cualquier esfuerzo de formalización.

A través de esta simple observación se desprende una oposición según la cual la apuesta de la ciencia es de la de construir un semblante de sujeto, en tanto que operador de la investigación, mientras que el psicoanálisis funda su acción sobre un agente que apunta a hacerse semblante de objeto.

En “Radiofonía” Lacan retoma la cuestión del estatuto del sujeto considerado a partir del discurso de la ciencia. ¿A qué puede emparentar ese discurso? Toma “sus impulsos del discurso de la histérica”, nos dice, lo que implica no ser completamente extraño a cierta división en donde se confinan sus orígenes.

¿Cómo calificar a este sujeto? Contrariamente a las ideas recibidas, su vestido no es para nada el de la certeza. Lejos de ser ese monolito fabricado en el saber, se aproxima más bien del de la duda, de un sujeto reducido al pensamiento de su duda. A través de esta vía metódica del semblante aplicado al pensamiento se obtiene el *cogito* adoptado por la ciencia.

El discurso de la ciencia se inscribe de una manera idéntica al de la histérica. Salvo por un detalle que cambia todo. Si todos los términos del discurso pueden ser transportados al mismo lugar, debe reservarse un destino particular al elemento designado como plus de gozar. En la ciencia el plus de gozar (*a*) se ve recubierto de una máscara muy particular, una máscara de hierro (3).

Una compañía lacaniana de máscaras

En numerosas ocasiones Lacan recurrió a la máscara cuya etimología, recordémoslo, reenvía a la bruja, incluso al demonio (4).

La máscara es aquello con lo que se adorna el *partenaire* de la mantis religiosa, en un apólogo en el que el deseo, en tanto que pregunta, hace del suspenso la temporalidad de la angustia. En una dimensión no menos trágica, la máscara es también aquello frente a lo que el niño queda desconcertado en el instante en el que descubre que una máscara puede ocultar otra. A menos de que se trate de la de los amantes de la Opera, la decepción es tanto más viva en tanto el agalma se codea con el desecho. No hay que olvidar en esta galería la máscara de tablas (*à volets*), subrayada por Lévi-Strauss, y que Lacan desplegará como un espacio propio al yo y a los ideales de la persona. A esta colección hay que añadir entonces una, la máscara de hierro.

Una de sus funciones esenciales podría ser resumida así: a la inversa de las anteriores, no puede dar lugar a ningún desenmascaramiento. La máscara de hierro es susceptible de no entregar más que lo que da a ver, dejando una hiancia allí donde se esperaría una verdad de la representación. Por supuesto, eso no desalentó a algunos de dar un rostro a la verdad. ¿Cuántas hipótesis, de lo más extravagantes, fueron emitidas para proclamar la identidad de aquél cuyo nombre propio fue reducido a la máscara que llevaba? De un hermano gemelo de Luis XIV al superintendente Fouquet, pasando por d'Artagnan, o incluso un amante de la reina..., las divagaciones históricas más extravagantes fueron muy lejos. Sin duda, puesto que la máscara de hierro no es la pantalla de una verdad sino la picota de un vacío. Volver presente al mismo tiempo que disimula es un franqueamiento que resulta extraño.

A diferencia del discurso de la histérica que usa el goce del cuerpo como materia para hacer lo verdadero, la máscara de hierro, depositada por la ciencia, impide al sujeto tratar al plus de goce como una verdad de la que se puede extraer una satisfacción.

Larvatus prode

La referencia a la máscara se enriquece con una recomendación que Descartes formula frente a la emergencia del *cogito*: “Los artistas, llamados a la escena, para no dejar ver el rubor en su frente, se ponen una máscara. Como ellos, en el momento de subir al teatro del mundo en el que hasta ahora no fui más que un espectador, avanzo enmascarado” (5).

El *Larvatus prode* encontró un indiscutible éxito frente a numerosos comentaristas, y dio lugar a múltiples interpretaciones, entre las que figuran los argumentos de una filosofía de doble juego, incluso de un Descartes libertino, amante del juego de máscaras. Evitando esta trampa, Lacan señala hasta qué punto la función de la máscara cartesiana es determinante en el advenimiento de un sujeto para el discurso de la ciencia.

La colocación de una máscara de hierro sobre el plus de goce daña, de manera redhibitorio, la puesta en juego de toda satisfacción. Así los signos que testimonian o traicionan el advenimiento de un goce humano, como este rubor que gana la frente del actor ni bien lo íntimo entra en escena, se encuentra sellados. A este precio la verdad puede ser reenviada al significante, es decir a un cifrado que excluye todo goce. La eficacia de la máscara de hierro no concierne a lo que oculta sino al signo que da a leer, *Larvatus pro deo*.

Siendo admitida la homología entre el discurso de la histérica y el de la ciencia, resta la esencial diferencia. Si el primero hace del objeto (*a*) el envite de una búsqueda sobre la verdad del deseo, la segunda opera por una contención del objeto, un “cierre con candado” que confina a asignar residencia al plus de goce. La satisfacción que se relaciona comúnmente con la cuestión

de la verdad se encuentra, en este caso, puesta fuera de circuito a través del semblante. Este procedimiento es remarcable, distingue la supresión del sujeto por la ciencia de un proceso más general de forclusión de un significante.

Congé (permiso, licencia) de goce

A fin de apreciar de manera más precisa la operación de distanciamiento del plus de goce por el discurso de la ciencia, ayudémonos a hacerlo con un término de Lacan en “Lituraterre”.

Este texto, esencialmente dedicado a la producción y a la función de la letra, hace de ella una ruptura. ¿De qué? Del significante, o antes bien, una ruptura del significante en tanto que semblante. Eso se ilustra a través del efecto que engendra la letra sobre todo aquello que en nuestro mundo pertenece al dominio de la forma (*morphe*) o al de los fenómenos apreciados por Descartes tales como los meteoros. Desde esta perspectiva existe una gran proximidad entre la ciencia y la letra. Lacan retoma allí una antigua idea de él. Los dos “operan”, he aquí su hacer común, en el sentido de una disolución de las formas perceptibles. No obstante persiste una diferencia, no despreciable, en relación al goce. En la ciencia, nos dice Lacan, ella está “*congédiée*”, “expulsada”, “licenciada”.

“La letra que tacha se distingue (de la dimensión del significante), luego, por ser ruptura del semblante, disuelve lo que era forma, fenómeno, meteoro. Como ya señalé, eso es lo que la ciencia produce al inicio, de la manera más sensible, sobre formas perceptibles. Pero, al mismo tiempo, ¿eso debe también expulsar lo que hará de esta ruptura goce...?” (6)

Expulsar, “*congédier*”. Ese verbo es la oportunidad de recordar hasta qué punto la etimología es una fuente de riquezas, tanto por las opacidades de sentido que hace nacer como por la exhumación de hipotéticas significaciones olvidadas. Si licenciar a alguien (*donner son congé à quelqu'un*) es devolverle su disponibilidad, no lo es menos la acción a través de la cual se dispone a ese alguien a un cierto lugar asignándosele. *Congé* en francés es también la acción de ir a un lugar y quedarse allí.

Colocar una máscara de hierro sobre el plus de goce, como procede el discurso de la ciencia, contribuye a darle licencia, o incluso a alienarlo en un lugar indexado por una significación unívoca. Por ejemplo, la dimensión de pérdida pura que se enlaza a la noción freudiana de pulsión puede ser convertida, a través de una economía sabia de más y de menos, en una figura de la vida en la que el fuera de sentido del goce es reconducido a la cubeta de las concepciones del mundo, marcada por la estampilla del sentido común

El hombre enmascarado

Situada en el recorrido que a partir de lo simbólico se orienta hacia lo real, la letra tiene un lugar un poco paradójico en relación al muro del semblante. Ella se encuentra tan cerca que logra romperlo. El dominio de la letra es un límite, un punto de báscula, que nos impulsa a no ceder a la tentación de un “todo es semblante”. Tal enunciado, en efecto, por la generalización abusiva que induce, devalúa el alcance del semblante.

Esta báscula debe situarse en un punto en el que, pasando de una referencia que implica el otro significante (S1/S2), el semblante gira hacia una auto-referencia. Ahí todavía la compañía de las máscaras puede darnos una ayuda valiosa para captar este pasaje, habiendo, de todas maneras, añadido anteriormente un ejemplar nuevo a nuestra colección.

Se encuentra en la obra de Wedekind *El despertar de la primavera*. Aquél que reviste a un personaje, llamado precisamente “El hombre enmascarado”, al que Lacan otorga una función importante, la de ser un semblante por excelencia.

El proyecto de la obra apunta primero a mostrar en qué consiste el asunto, para los muchachos, de hacer el amor con las muchachas. El punto de vista así adoptado no busca establecer una simetría sexual. En ese asunto la tarea del joven es la de encontrar “su tipo”. Lejos de buscar volverse el uno, o peor, el único, su posición es la de ser uno entre otros. Para hacerse el hombre debe “incluirse entre sus semejantes”, lo que puede producir algunas dificultades como es el caso para cierto Moritz de la obra. Exceptuándose y sin querer saber nada de esta posición, se hace la muchacha según la expresión que le gratifica a su amigo Melchior. ¿Por qué este destino? ¿Cómo llega Moritz a expatriarse en un más allá de lo real del sexo que le conduce directamente al reino de los muertos? La respuesta que propone Lacan es de pocas palabras. El vagabundeo del joven resulta de su rechazo por dejarse engañar por un nombre, por un nombre cuyo modelo pasa por ser el del padre. Esta función habla bien del “hombre enmascarado”.

El interés de ese personaje –o más bien el de la máscara que lleva- no es el de llevar al padre a la delantera sino más bien el reflexionar acerca del nombre, de su valor de nombre propio como el semblante por excelencia (7).

El prefacio de la obra de Wedekind es, por otra parte, la ocasión para Lacan de volver a considerar su abordaje de la cuestión del nombre. No busca más, como en el pasado, darle un estatuto a partir de la lógica sino que vira hacia la teoría de los nombres. El nombre propio es un nombre de nombre de nombre. La introducción de un triple en la nominación funda así una versión nueva de la máscara. Ya no es más a partir de un encajamiento de significantes que se aprecia el estatuto del nombre sino a partir de un lazo con lo imposible: aquel que hay para reunir el dos (8). El dos, tomado solo, conduce a un impasse de carácter lógico. El nombre propio, nombre de nombre de nombre, sería el semblante que ofrece, aunque no sea una salida, por lo menos una vía de separación frente a la inaccesibilidad de la que se sostiene la imposible relación entre los sexos.

Considerado de esta manera, el nombre propio como máscara del semblante no engendra representaciones y no produce ningún efecto de significado. Encarna todavía menos una unidad de la que se deduciría del ser sino que reenvía más bien a una existencia, tomada en sentido fuerte. El hecho de estar al lado. “La máscara sola existiría en el lugar vacío donde pongo La mujer” (9), confía Lacan. Es una confidencia, en efecto, designar el lugar en el que para alguien, aunque sea Lacan en persona, se engendra el semblante. Aquí, un vacío en donde reposa la mujer. Lejos de ser oratoria, esta precisión no pone en valor ningún rastro particular propio de un sujeto sino que deja escuchar el acento de una singularidad que es la de un *parlêtre*. Este acento ya resonó en el pasado, durante una sesión de su seminario que trataba sobre el lazo del nombre propio con esta categoría, tan problemática para la lógica aristotélica, que es la de lo singular (10).

Traducción: Silvia Elena Tendlarz
(con Beatriz Vindret)

1. J. Lacan, *El Seminario, Libro 18, De un discurso que no fuera del semblante* (1971), Paidós, Buenos Aires, p. 27.
2. J. Lacan, “Note italienne”, *Autres Ecrits*, Seuil, p. 308.
3. J. Lacan, *Radiophonie*, Scilicet 2/3, p. 89.
4. O. Bloch y W. Von Wartburg, *Dictionnaire étymologique de la langue française*, PUF.
5. R. Descartes, *Cogitationes privatae, Carta a Beeckman* (1619-1621).
6. J. Lacan, *Seminario 18, op. cit.*, p. 113.
7. J. Lacan, “El despertar de la primavera”, *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Buenos Aires, p. 112.
8. J. Lacan, “L’*étourdit*”, *Scilicet 4*, Seuil, pp. 24, 34, 50.
9. J. Lacan, “El despertar de la primavera”, *op. cit.*, p. 112.
10. J. Lacan, *Seminario 12*, inédito, clase del 5 de mayo de 1965.

El fantasma femenino y los semblantes

Ana Lúcia Lutterbach Holck

En un texto anterior (1) intenté establecer, a partir de la experiencia del pase, algunos puntos sobre las relaciones entre la posición femenina al final del análisis y la posición del analista como semblante, incitada por un breve y preciso comentario de Miller en su conferencia *Semblantes y Síntomas*. Miller recuerda que, para Lacan, el analista ocupa la posición de semblante, la misma que una mujer puede llegar a ocupar al final de un análisis. Posición femenina que no se confunde con la mujer ni con identificarse con el objeto. Y concluye: “*El analista no existe, así como La mujer no existe, existen analistas, como atestigua la experiencia del pase*”. Continuando con lo que desarrollé en aquella ocasión, ahora intento establecer la función de la fantasía femenina al final del análisis y el semblante.

El semblante y la transferencia

El francés, el término “*semblant*” forma parte del discurso corriente. El propio Lacan lo elevó a la dignidad de concepto después de pescarlo en la vida cotidiana, de la boca de su nieta cuando ésta tejía elucubraciones en torno a la diferencia entre lo que “era de verdad y lo que era del semblante”. En portugués, *semblante* tiene el sentido de rostro, cara; o, menos usual, de apariencia, fisonomía, aspecto. Sin embargo, Miller, en *La naturaleza de los semblantes* nos dice que, en Lacan, *semblante* tiene relación con la apariencia pero no coincide con ella, tampoco es simulacro, mentira o falsedad, ni artefacto. Se aproxima más al parecer. “La naturaleza está repleta de semblantes”, nos enseña Lacan en el Seminario 18, como las apariciones brillantes y efímeras del arco iris, pequeñas gotas de agua suspendidas y coloridas, como los colores del espectro solar que aparece en el cielo como un arco multicolor inaprensible. El concepto de transferencia, al contrario del concepto de semblante, es tan antiguo como el psicoanálisis y, más allá de haberle dedicado un año de su enseñanza, este concepto atraviesa toda la enseñanza de Lacan. La transferencia, como nos señala Laurent [...] *es la clave de la relación con el saber en un análisis*. A primera vista se trata de un conjunto de sentimientos, positivos y negativos, que corresponden a los modos de relación fantasmática de cada analizante que más allá de la persona del analista, atravesándola.

Pero sólo a primera vista es un conjunto de sentimientos, lo primordial son “los modos de relación fantasmática” que se revelan en la relación transferencial, o sea, la transferencia es el uso que el analizante puede hacer del analista para deducir el objeto que, supuestamente, fue para el Otro, núcleo de la fantasía. Sujeto supuesto saber y semblante de objeto serían posiciones que un analista puede ocupar en la transferencia.

Un análisis y el semblante

En el testimonio del pase, presento el análisis en tres tiempos: biografía, biografagem (expresión ya utilizada por la autora en el Testimonio de Pase, XVII Jornadas de la EOL, noviembre del

2008) : vida de escritura) y biografema (escritura vida), y tres versiones del objeto: las dos primeras en la vía de la identificación y al final, como semblante del objeto causa.

En la primera etapa, biografía o vida descrita, más de una vez devastada por el amor, se trataba de una narrativa prosaica en la que predominaba el amor y donde todo tomaba sentido, muchos sentidos. Temiendo una transferencia erotizada, buscaba un analista que se pudiera colocar fuera de la serie del amor. Búsqueda ingenua y al mismo tiempo reveladora. Ingenua, porque pretendía dejar fuera el resorte mismo del análisis y reveladora porque, al procurar hacer obstáculo al saber inconciente, hizo patente la erotomanía histérica la identificación al objeto amable.

De una proliferación de sentido en la tentativa de recubrir lo real, en la segunda etapa, biografagem o vida de escritura, esa búsqueda resulta de un cierto agotamiento y entreverse brechas de no saber, marcas de goce sin sentido, que permitirán la escritura del fantasma y sus consecuencias. Inicialmente había en la transferencia una preponderancia del sujeto supuesto saber, pero en el salto del saber al goce, la analizante echa mano del analista como objeto fuera de él para deducir su propia condición de objeto. Esta operación sólo es posible cuando el analista, dejando en suspenso su ser, se torna semblante de objeto y se ofrece como lugar vacío. Como resultado de esa operación, se produce la reducción del palabrerío y el objeto se destaca, resalta. Las dos posiciones del analista: semblante e intérprete, no son coincidentes pero se enlazan, pues en el acto de la interpretación el analista se convierte en oráculo inspirado en su propia experiencia como semblante de objeto.

Si en la biografía prevaleció la narrativa repleta de sentido, y en la biografagem la escritura ficcional- en el tercer tiempo, biografema o escritura vida, hubo un privilegio de la letra: “Entre centro y ausencia, entre saber y goce, hay litoral, o literal”(4). *Biografemas* (5), para Barthes, son algunos pormenores, gustos, inflexiones. Al final de un análisis prevalece el silencio del analista que da lugar a la invención del analizante, a lo que Lacan llamó *sinthome*. Invención como aquello que resta de un análisis, piezas sueltas, retales de goce sin sentido, escenas fulgurantes, trazos, una escrita vida sobre algo que ya ha desaparecido. ¿Cómo resulta en un analista la experiencia de un análisis? ¿Cómo está asociado, al final de un análisis, a la posición de semblante?

Lo femenino y el semblante

Durante el dispositivo del pase recorté distintos momentos en relación al objeto (6). Primero, identificación al objeto ideal, intangible, sustentado en el amor cortés, aquél que pone a la dama en el lugar de la Cosa, de aquello que no puede ser tocado sin horror. Después, identificación petrificante al objeto del fantasma perverso, objeto deyecto, víctima sometida al goce del Otro. Cada fracaso de la precaria identificación, tanto al objeto ideal como al fantasma masculino, acompañaba una caída en un abismo sin límites, puro vacío y deseo de muerte.

La revelación del fantasma permitió verificar que hacía de mí un objeto a ser tenido, hacer y acontecer para un supuesto goce del Otro. Nombrar el goce tuvo como efecto la extracción del objeto que velaba el agujero, y el fantasma perdió su consistencia imaginaria y se desvaneció. El objeto transformó su función de obstrucción para asumir la de causa del deseo. El objeto como causa del deseo es efecto de esta separación, del desprendimiento de la identificación, cuando se cree ser el objeto en posición de causa y no se es, pero puede consentir en hacerse semblante de objeto causa del deseo para otro. La experiencia del análisis cuando produce un analista, produce esa especie de milagro, es su efecto, su fin.

Como nos enseña la experiencia más común, en las relaciones, las mujeres privilegian el amor y los hombres el sexo. Las mujeres aman el amor, aman ser amadas. De ahí las eternas quejas femeninas: “ soy apenas un objeto para él”, en una depreciación del deseo masculino. Podemos considerar que en la expectativa de hacerse amadas, las mujeres se identifican al objeto del

fantasma masculino, pero al hacerlo de tornan objeto de deseo, por eso la depreciación del deseo masculino.

En el seminario 8 Lacan dice que al final del análisis se produce una transposición de amado en amante. Nombrar el objeto del fantasma es justamente darse cuenta que no existe el objeto del deseo, el fantasma no pasa de ser un artificio singular que torna deseable un objeto, es decir, es la manera de cada uno de hacer existir la relación que no hay. Eso no es sin consecuencias también para el amor. La mujer sale de la posición de permanente expectativa de escuchar palabras que la convenzan del ser el objeto del amor, para asociar el amor al sexo. Es como un nuevo amor y contando con el cuerpo, que una mujer puede hacerse objeto sin serlo, momento fulgurante y efímero en el cual ella se torna semblante de un objeto que además de no existir, ella lo desconoce.

Esa experiencia de desidentificarse del objeto consentir en ocupar la posición de semblante, está asociada a la posición del analista como semblante. Suspendido de su ser, el analista se torna semblante de *a* y, como las gotitas suspendidas del arco iris, es colorido por el espectro, por el fantasma del analizante y algo inaprensible se realiza en acto. En la expresión “*faire semblant*” como en *savoir-faire*, “el verbo hacer no indica una acción del yo sino una posición. “*Ou pire...*”: [...] *el analista no hace semblante: ocupa la posición de semblante. La ocupa legítimamente porque con relación al goce...[...] no tiene otra posición sustentable...*” Y más adelante: [...] *Cuando el actor usa su máscara, su rostro no gesticula, no es realista, el pathos está reservado al coro, por qué? Para que el espectador, aquél de la escena antigua, encuentre su plus de gozar en él*” (7).

“*No hay El psicoanalista, como no existe La mujer*”, existen psicoanalistas uno por uno, cada vez y de vez en cuando. Eso que queda de un análisis, exige un trabajo sin fin hasta el fin. “Cada uno responde como puede y como quiere. La respuesta de uno no conviene a ningún otro, es inconveniente, responde a aquello que necesariamente ignoramos y en ese sentido es indescifrable, jamás ejemplar” [...] Lejos de todas las imposiciones del “Yo debo” y de todas las pretensiones del “Yo quiero...” [...] La respuesta “es preciso”, puede, de hecho, ser oída, pero aquello que no “es preciso” no se oye y responde a una pregunta que no se descubre”.

Este último párrafo es la condensación de la respuesta de Blanchot (8) a la pregunta: ¿qué es escribir? La posición del psicoanalista es la del lector desinteresado pero que al interpretar, sirviéndose de su experiencia como semblante de objeto, permite al analizante dejarse tomar por lo textual y hacer de su parloteo una escritura: “*todo lo que es escrito parte del hecho de que será para siempre imposible de escribir como tal la relación sexual*”(9). Una escritura incomparable, respuesta inconveniente, o sea, que no conviene a ningún otro. Y no lo hace ni porque quiere ni porque debe, se trata de una elección forzada. Forzada pero sin ninguna imposición venida del Otro, simplemente porque “es preciso”, respuesta a una pregunta ignorada.

Traductor: Juan Carlos Tazedjián

1. "A mulher, o analista e o semblante", texto apresentado no VIII Congresso da EBP, Florianópolis, abril/2009.

2. *De la naturaleza de los semblantes*, p.10.

3. Laurent E., O real do sinthoma ou a inocência do sinthoma. *Opção Lacaniana*, nº 54, p.35.

4. Lacan J., "Lituraterra". In *Outros Escritos*. JZE: Rio de Janeiro, 2003, p.21.

5. Barthes R., *Sade, Fourier, Loiola*. Lisboa: Edições 70, 1979. p.14.

6. Cf. Holck A.L., *Patu. a mulher abismada*. Subversos, Rio de Janeiro, 2008. p.106 a 116.

7. Lacan J., Seminário...*Ou pire*, lição de 10 de maio de 1972 (Inédito).

8. Blanchot M., *O livro por vir*. Ed. Martins Fontes, São Paulo, 2005. p. 39.

9. Lacan J., O Seminário. Livro XX. *Mais Ainda*. Zahar, Rio de Janeiro, 1982. p.49.

Del litoral, en psicoanálisis

Una lectura de “Lituraterre”

Marie-Hélène Roch

Este título lo motiva la pregunta planteada por Lacan en su escrito titulado *Lituraterre*: “¿Es posible con el litoral constituir tal discurso que se caracterice por no emitirse desde el semblante?” (1)

En El Seminario, libro XVIII, Lacan avanza, explica Jacques-Alain Miller, hacia una construcción efectiva de un discurso que no sería del semblante, lo cual consiste en hacer de la letra un uso que no es un uso de semblante, que no es un uso de significante, que devuelve al significante a la letra que lo bordea.(2) Este planteamiento conduce a la siguiente cuestión clave: ¿cómo pensar una relación de límite entre saber y goce, entre dos escrituras (una habla con el cuerpo, la otra no quiere decir nada), entre centro y ausencia, entre el psicoanálisis y los otros modos del discurso.

La imagen del litoral aparece en “Lituraterre” aportando una línea a esta división. El litoral es una línea de partición entre la tierra y el mar, dos dominios que no tienen la misma estructura, ni la misma substancia: “No tienen nada en común, ni siquiera una relación recíproca” (3). Estructura y substancia son términos heterogéneos el uno al otro, J.-A. Miller los lee de una forma inédita en su curso de este año. Cuando anuncia que lo que ahora importa es razonar de otro modo, comprendemos que se trata de razonar con el litoral, empezando por la diferencia que hay entre lectura y escritura, entre sentido sexual y goce, entre semblantes y síntoma.

Recordemos que “Lituraterre” figura en la apertura de la edición de los *Autres Écrits*. Es presentado como una lección (“Lección sobre Lituraterre”), capítulo VI del Seminario XVIII, *De un discurso que no sería del semblante*. ¿Cuál es primero? ¿El escrito, o bien el discurso que Lacan pronuncia en su seminario?

¿La letra o la lógica del significante? Esta pregunta era de actualidad en los años setenta, en un contexto de promoción de lo escrito, que Lacan criticará en la lección que llama “una demostración literaria”. La letra lacaniana se aparta de la sublimación para alcanzar algo particular del psicoanálisis, algo de una naturaleza radical que toca a los efectos de su discurso: la letra “es, racialmente, efecto de discurso” (4). Añade algo más, una marca específica del ser hablante. Su naturaleza en psicoanálisis nos da con qué conferirle al *sinthome* su lugar exacto. ¿No se aborda acaso en esta lección una clínica de lo singular?

De lo litoral, entre lectura y escritura

“Lo que le enseñan a leer (al inconsciente) no tiene pues nada que ver, en ningún caso, con lo que de él pueden ustedes escribir” (5)

1. Lo que le enseñan a leer (...)

Empecemos por preguntarnos cómo define Lacan sus escritos: “(...) mis escritos, un título más irónico de lo que se cree: cuando se trata, ya sea de informes, función de congresos, o bien, digamos, “cartas abiertas” donde cuestiono un pedazo de mi enseñanza” (6). Son “cartas abiertas”. No son inmediatamente legibles, pero hacen hablar de ellas, alimentan a generaciones, se adelantan a su tiempo, su destino es tardío, pero siempre encuentran a su destinatario. Desde las primeras páginas de su escrito, la lectura, la de la interpretación, apunta al nivel de radicalidad del que testimonian, por ejemplo, obras exigentes por la posición de sus autores, aquellos que comprendieron que la letra era palea. Beckett pone en escena a la pareja (una pareja de viejos) en la basura, Joyce muestra lo que se puede esperar de un análisis en su fin. Con efectos radicales.

La letra es primitiva, no es primera, se distingue por tener otros usos que el significante.

Letter/litter, moterialidad/materialidad, manejo

¿Cuál es el uso del significante? Es su materialidad fónica, pues el significante no es el significado, “el significante es lo que se escucha” (7). Cuando J.-A. Miller nos dice que ahora se trata de razonar de otro modo, lo que se oye, es que el significante resuena mejor con un cuerpo. Pero ¿con qué cuerpo?

En 1959, Lacan sostenía una tesis sobre el intérprete. Jugando con el equívoco acerca del significante, afirmaba que, al igual que el actor, *inter-presta* su cuerpo con un inconsciente bien real. Un cuerpo imaginario y pulsional, texto simbólico, un inconsciente real, eso constituía entonces un nudo borromeo orientado según SIR.

Ahora, ¿cuál es el uso de la letra? La letra es más bien afónica (*aphonique*) bajo la escritura joyciana que la radicaliza: *letter*, es *litter* (resto, desecho). Su uso es su manejo por parte de Joyce, es lo que del significante “viene a rellenar como picadillo el significado” (8), aportando una obra que no queda bajo el sentido y que realiza a *lom* Joyce como *sinthome*. Es una experiencia de goce puro. El cuerpo ya no es imaginario y simbólico, se goza, de acuerdo con la última definición de Lacan. Se goza con la letra, es visible en la obra de Joyce.

La diferencia que hace Lacan entre lo que se aprende y lo que de ello se escribe, libera un uso específico de la letra en la lengua. Situémonos un poco antes de “Lituraterre”, en *Encore*, donde esta dimensión se abre, por ejemplo, en el equívoco de la palabra *moterialidad*. ¿De qué se trata? De lo que se añade a la lengua para que pueda ser hablada y, por lo tanto, entendida. Lo que se añade es la materialidad de la propia lengua íntima de uno, no ya realizada. Cuando algo del significante se inyecta en el significado hasta producir un chiste, por ejemplo “famillonario”, se ve que algo de goce parásito se ha infiltrado.

En *Encore*, la lengua se convierte “en nuestro asunto, de cada uno”. El lenguaje, “eso no existe, es lo que se trata de saber en lo concerniente a la función de la lengua”. El saber no es sino hipotético respecto a la lengua “cuyos efectos van mucho más allá de todo lo que el ser que habla es susceptible de enunciar”. Leer el propio inconsciente, no es únicamente hacer la recensión de los usos de una lengua como lo hace el diccionario, sino dejar que surja lo que en él la letra esconde de opacidad, un decir fuera de lo común.

Si Lacan formula que el lenguaje se perfecciona cuando sabe jugar con la escritura (9), es porque proyecta remitir a cada uno al perfeccionamiento de su lengua; que pueda ofrecer aún más silencio para uno mismo y opacidad para los otros. Pues perfeccionar la lengua de uno es hacerlo, no con la esperanza de acabar entendiéndose más, sino que sea posible vivir con otro sexo, otra lengua, sin tener que adaptarse en absoluto.

Litoral, porque no hay modo de leer, de aprender del propio inconsciente de otra manera sin caer en la mentira. Mantenerse al borde del saber para avanzar más en la vía de lo real, o sea, tratar de circunscribir de qué se trata.

“No estaría mal que leerse se entendiera como conviene, allí donde se tiene el deber de interpretar”, precisa Lacan (10). Esto va dirigido al analista. Su interpretación no está abierta todos los sentidos; se cierra a su artificio en un momento que suena justo.

Lo que se lee requiere para un ser hablante una hipótesis sobre el inconsciente como supuesto saber, un compromiso del psicoanálisis con una política que Lacan llama en su escrito “la política del síntoma”. Bastaría, dice, “que de la escritura sacáramos un partido distinto del de tribuna o tribunal, para que se jueguen allí otras palabras con la que hacernos tributo.” (11) ¿Para la verdad o para el semblante? La política del síntoma busca inscribir efectos que no sean de tribuna o de diatriba, sino efectos que nos conciernen, efectos reales “para que se cambien nuestras palabras”. No se trata de sostener un discurso, es el síntoma quien lo sostiene, que, valga lo que valga, me sostiene. Finalmente, lo que se lee se sostiene también en una teoría de la escritura psicoanalítica, “donde la escritura puede ser en lo real la erosión del significado” (12)

2. Con lo que ustedes pueden escribir de él

En la página 64 de este Seminario, Lacan escribe en la pizarra un carácter chino, SZU, lamentando que la tiza le impida acentuarlo como permite el pincel. No es el sentido lo importante (*szu* quiere decir retorcido, también personal en el sentido de privado), sino que lo notable es su forma escrita. El carácter chino tiene la forma de un grafo (de una grapa) que sirve para sostener los términos en torno a los cuales gira el discurso de Lacan. Numera los acentos e incibe sobre el trazo superior: 1) “los efectos de lenguaje”. Da al orden simbólico su “demansion”, o sea, lo que es morada, de la verdad, sabiendo que el Otro es el cuerpo. Y sobre el trazo horizontal, inscribe en 3) “hecho del escrito”. En 2) sitúa el cruce donde los efectos de lenguaje tienen su principio. Su principio, lo toman del discurso analítico. En este cruce, el discurso analítico es revelador de algo, es un paso.

El grafo destaca la primacía del lenguaje sobre lo escrito. El paso en el cruce marca la separación producida (es lo que queremos destacar retomando el binario aportado por J.-A. Miller) entre lo que se lee (el inconsciente transferencial) y lo que se escribe (el inconsciente real) como no para leer. Este “no para leer” tiene que ver todavía con la lógica del significante, pero en su juntura con el viviente. (13) Se trata en este planteamiento de una palabra renovada por su vínculo con el goce.

Lo que de ella se escribe procede de la precipitación: lo que ha llovido del semblante; de la ruptura, de la invocación. “Lo que del goce se evoca al romperse un semblante” (14).

En esta versión de la escritura, la letra es el objeto *a* equivalente al *sicut palea* de Santo Tomás; también es agujero, “pocillo para acoger el goce”.

La separación producida entre lectura y escritura introduce una separación entre lo verdadero y lo real, y produce ese deslizamiento en la naturaleza del significante, que pasa al semblante. El pase testimonia de ello: se hace a partir de los semblantes desnudados, restos en los que el decir encuentra su fuerza de invención y de artificio.

Litoral, entre saber y goce

Respecto a la letra, el semblante

Avanzar hacia la escritura del *sinthome* conduce a Lacan a la invención de una nueva categoría: el semblante. Puesto que, respecto a lo real de la letra, el significante es semblante.

Para explicarlo, Lacan parte de un fenómeno de la naturaleza. Los semblantes son naturaleza, las nubes son significantes, la lengua es materia en suspensión y en transformación. Los semblantes, como las nubes, se disuelven y caen en forma de lluvia. Antes de que esto ocurra, no hay más que niebla. Si bien este efecto de ruptura y de chorreo cae de las nubes, no cae del cielo, no es un fenómeno mágico, puede leerse. Del mismo modo, los fenómenos geológicos se descifran, porque el semblante es una categoría que incluye al significante y sus efectos, una conjunción de metáfora y metonimia, en la que el deseo de desliza, en la que el goce se invoca.

¿Cómo se produjo la sustitución del significante por el semblante?

“El semblante, es propiamente la relación del significante con el significado, dice J.-A. Miller (15). La definición del semblante se deduce de la escritura del algoritmo S/s, transformado por J.-A. Miller en un nuevo algoritmo, que escribe: Real//semblante, con una doble barra, para marcar “la intersección vacía entre lo real y el sentido”, “una relación de exclusión”. En consecuencia, sólo hay semblante con respecto a lo real, un real que equivale al goce que habita la lengua, esos agujeros en la estructura que Lacan evoca en “Lituraterre” como los surcos del abarrancamiento, la huella primitiva del *troumatismo* de la lengua.

“Lituraterre” se sitúa bajo este algoritmo, real//semblante. Es respuesta a “La instancia de la letra en el inconsciente”, y al “Seminario sobre La Carta robada”. “Lituraterre” alborota el automatón significante escenificado en el cuento de Edgar Allan Poe. Ésta es una lógica en la que fundamentalmente nada se mueve, en la que la letra dirige desde su lugar la compulsión de repetición; su poder de ilectura se muestra a la obra en sus peripecias. La carta se mantiene en reserva en el discurso del Amo; cuando se la quiere dominar, se burla de nosotros; el ministro del cuento de Edgar A. Poe cree tenerla en su poder, y se hace poseer por ella hasta arriesgarse a sus efectos. Efectos de feminización, precisa Lacan. ¿De qué se trataba entonces? De lo que obstaculizaba la lógica del significante, o sea, los efectos de pasividad y de inercia del goce imaginario. En “Lituraterre”, la letra lacaniana abandona la inercia del programa. El escrito de Lacan adquiere la temporalidad del acontecimiento, del instante de ver, de la contingencia, de lo imprevisible, de lo inédito: la letra es allí letra de goce puro, rompe con los semblantes. Es chorreo, ramillete del trazo primero, inédito: “tachadura de ninguna traza que sea de antes” (16).

Es una nueva escritura que parte de la inconsistencia, de la ausencia, de la marca de goce. La barra se desplaza a A, el silencio es S, el paréntesis circunscribe el agujero en el infinito. Lo que no se escribe, el goce que no hace falta, Lacan, en la lógica del no todo, lo escribe S(A/)

En esta orientación, la letra es un agujero real y adquiere un doble aspecto según los modos sexuados del hablante. En la lógica del no-todo fálico, del otro sexo femenino, traduce la ausencia y el fuera de sentido sexual. En la lógica del Uno, universal masculino, marca el centro que Lacan escribe Phi mayúscula, o sea, la castración, un modalidad lógica de lo finito, la de lo imposible de negativizar. La letra no entrega su contenido. Es el mensaje que produjo Edgar Allan Poe acerca de la carta, nos dice Lacan: “Verán que esta carta, de la que hablo desde esta página hasta esta página, soy yo quien la escribió. ¿Sabía acaso lo que hacía? Pues bien, no se lo diré. De lo que hablo es del falo. Y diré incluso más, nunca nadie habló mejor de él.” (17)

La letra es litoral, es agujero y es *a*, borde de un agujero “pocillo siempre dispuesto a acoger el goce” (18). Es una positividad (término que J.-Alain Miller ha promovido en su curso de este año): anuncia una versión de la escritura, la del nudo borromeo, que da a dicha escritura su autonomía y su estilo.

La letra, ¿acaso no es propiamente litoral? El borde del agujero en el saber que el psicoanálisis designa, justamente, cuando lo aborda, con la letra, ¿no es eso lo que dibuja? (cf. “Lituraterre”) Dibuja el borde entre centro y ausencia, entre sentido sexual y goce otro. La letra lacaniana es la lúnula de separación entre los sexos, la condición litoral de la relación entre los sexos.

La condición litoral de los sexos

“Eran una vez dos sexos”. Tal era el título del diario *Le Monde* que proponía a sus lectores la saga del verano sobre el tema masculino/femenino. Cito: “Desde los orígenes hasta los últimos descubrimientos científicos, he aquí todo lo que siempre quiso saber sobre la guerra de los sexos: cómo empezó, lo que ha engendrado, si puede terminar”.

Anuncio prometedor como ninguno. Lacan nos condujo desde los mitos freudianos hasta la sexuación de los seres hablantes; a la formalización de una relación de límite entre goce sexual (saber que toca al inconsciente) y goce fuera del sistema.

“(…) he aquí la novedad de lo que introduzco hoy (…) que sólo por lo escrito se constituye la lógica,” dice Lacan (19). Muestra en esquemas el impasse de los sexos. En la página 142, luego 144, dibuja dos esquemas titulados: “la característica del tercer término”, luego “Esquema del *hommoinzin*”. El escrito hace uso (*fait usage*) de capitón y tiene valor de función. El operador gran Phi “hace escrito”, fija la relación del hombre con la mujer sobre la barra. La ausencia de cierre del triángulo fundamental (característica del tercer término) indica la imposibilidad de escribir lo que es la relación sexual, lo que encontramos en forma de impasse, obstáculo, hiancia, en la experiencia analítica. La lógica, dice Lacan, lleva la marca del impasse sexual, algo que el esquema deja ver. En el goce sexual hay algo que está forcluido y que se satisface sin finalidad sexual. Tomamos conocimiento de ello con un análisis. Contrariamente a lo que se podría creer, no es tanto la sexualidad lo que constituye un problema, con ella cada uno se las arregla; pero lo que se sabe de fuente fiable (es algo vivido), es que uno no se las arregla con el cuerpo, con su goce. Es el cuerpo lo que constituye un enigma para el ser hablante, porque es un acercamiento singular lo que necesitamos permanentemente abordar como una orilla. Sabemos por el discurso de Lacan, o sea, el discurso analítico por él formalizado, que lo escrito es el goce.(20)

J.-A. Miller advirtió que “Lituraterre” se sitúa entre los paradigmas quinto y sexto. Entre el quinto, donde el goce es discursivo, un núcleo cifrable, y el sexto, donde hay ruptura: el goce está fuera de elaboración. En esta configuración donde los límites ya no están claramente situados, la letra litoral viene a fijar el punto de inserción del goce en el semblante.

Lacan menciona el lanzamiento del primer sputnik, acontecimiento que marca una época. Muestra el uso de la naturaleza de semblante del objeto *a*. Al igual que el hombre en el espacio tiene necesidad de la cápsula para sobrevivir, se puede decir que el goce, para sobrevivir, también necesita estar encapsulado en un objeto *a*. Es un problema de supervivencia del goce y, en consecuencia, una “solución de utilidad clínica”.

Del litoral, entre semblante *a* y *sínthome*

J.-A. Miller precisa, cito: “A la clínica del al menos uno, del universal (que da importancia a lo particular), hay que oponer la clínica de lo singular” (21).

La clínica del “al menos uno” interesa a la clínica de la neurosis; la histérica demostró sus callejones sin salida. Lacan rinde homenaje a sus capacidades como lógica, las que consisten en

circunscribir el goce fuera de lo sexual, convertido en absoluto, como un punto al infinito. Su orientación respecto al goce se hace bajo la égida del Nombre del padre, lo cual tiene como consecuencia su imposibilidad de realizarse como mujer.

En su comentario de “Lituraterre” (curso 1998/99), Eric Laurent situaba el litoral en las operaciones de alienación/separación, mostrando que “Lituraterre” era una teoría de la escritura psicoanalítica que permitía la producción del rasgo único. La separación inscribe el litoral, éste pasa al interior del caos interno de un *hablanteser*. Se dibuja: $\$(a S_2$. El litoral se inscribe como borde de la lúnula, entre el goce y el saber tocante al inconsciente de un sujeto. El trazo se añade, no es unitario, no delimita una frontera en la que todos se encuentran del mismo lado, sino que es trazo único: una heterogeneidad interna y constante.

Eric Laurent extrajo de su curso un escrito titulado “La carta robada y el vuelo sobre la letra” (22), que en su día dio lugar a una conversación apasionante con J.-A. Miller. Se refiere a la teoría del trazo único de pincel del pintor y letrado Shitao, que Lacan estudió con François Cheng (23). Nos pone en situación de comprender que para el psicoanálisis la tachadura no es tachadura del ser filosófico, sino que se acerca a la hazaña de la caligrafía: “tachadura de ninguna traza que venga de antes”. En la caligrafía, la letra ocupa el lugar de una apuesta que se gana con tinta y pincel, “... donde lo singular de la mano aplasta lo universal” (24) Es un trazo inédito. Todavía es preciso hacer aceptar el trazo de uno.

Producir lo singular, eso es lo que puede el psicoanálisis, con el litoral entre semblante y sinthome: entre un “no es eso – es eso”.

Al final de su escrito, y dirigida a nosotros, puede leerse entre líneas una alternativa que podría formularse como sigue: “o el matema, o el imperio de los semblantes”. ¿Habría otra elección? ¿Una lección que no fuera excluyente?

¿Qué es lo que el psicoanálisis quiere hacer pasar? ¿Qué es lo que podría satisfacer? “El discurso analítico pasará si consigue hacer entender su práctica de la no relación sexual”, advertía recientemente J.-A. Miller en su curso.(25)

El analista se orienta mediante una clínica de lo singular. Es una experiencia de litoral, la que Lacan, al sobrevolar la llanura siberiana, evoca mediante los surcos de la erosión. Es ver – de pronto, en un instante – como ve el emigrante al acercarse a la orilla, la *terra incognita*, el semblante desnudo, el inconsciente desde el goce: ese vasto agujero de libertad que es su lengua.

Traductor: Enric Berenguer

1) Lacan J, “Lituraterre”, *Autres écrits*, Seuil, 2001, p. 18 et livre XVIII, “Leçon sur Lituraterre” p. 124

2) Miller J.-A., *La Cause freudienne* n°62

3) Lacan J, *op cit*, p. 14 et p. 117

4) Lacan J, *El Seminario, libro XX, Aún*, p. 47

5) *Ibid*, p. 49

6) Lacan J, *op. cit.*, *Autres écrits*, p. 12

7) Lacan J, *op. cit.*, *Aún*, p. 45

8) *Ibid*, p. 49

9) *Ibid*, p. 48

10) Lacan J, *Autres écrits*, “Postface au Séminaire XI”, p. 504

11) “Lituraterre”, p. 18

12) *ibid* p. 17

13) *Opus cit*, *Autres écrits*, cf. 4^{ème} de couverture.

14) Lacan J, *op. cit*, p. 17

15) Miller J.-A., *L’Orientation lacanienne*, cours non publié, 1998/99

16) Lacan J, *op. cit*, p. 16

17) Lacan J, *Seminario, Libro XVIII, De un discurso que no fuera del semblante*, *op. cit.*, p. 87

18) *Ibid.*

- 19) Lacan J, Ibid. p. 60
- 20) Ibid, p. 119
- 21) Miller J.-A., *La Cause freudienne* n°71, leçons 10 et 17 /12/ 2008, “ Des Choses de finesse en psychanalyse ”
- 22) Laurent E, *La Cause freudienne*, n°43, “ *La lettre volée et le vol sur la lettre* ” ; les cours des 10 /03/99 et 14/04/99 de *l’Orientation lacanienne*.
- 23) Nous avons les traces de ces échanges dans *l’Ane* n°25, février 86, et dans *Lacan, l’écrit, l’image*, Paris, Flammarion, 2000.
- 24) “ Lituraterre ”, op. cit.
- 25) Miller J.-A., cf. cours “ Des choses de finesse en psychanalyse ”

Délégué général AMP

Éric Laurent

Comité d'action de l'Ecole-Une

Lizbeth Ahumada

Marie-Hélène Blancard

Luisella Brusa

Anne Lysy

Ana Lydia Santiago

Silvia Tendlarz

Hebe Tizio

Design

João Carlos Martins

Réalisation

Philippe Benichou